

J. OLIVIERI

LAS INCREÍBLES AVENTURAS DE

HARRY TAGE

An illustration of two characters in a labyrinth. A young man with spiky blonde hair, wearing a brown jacket and a white tie, is leaning over a young girl with long, wavy red hair. She is wearing a green jacket and holding a white scroll. They are surrounded by large, stylized, colorful figures of people in various poses, set against a blue and purple background. The scene is framed by a white circular border.

EN EL LABERINTO
ESCONDIDO

sm

www.

literaturasm
.com



Dirección editorial: Elsa Aguiar
Coordinación editorial: Carla Balzaretti
Texto: Jacopo Olivieri
Ilustraciones: Matteo Piana
Traducción: Mercedes Corral
Título original: *Il labirinto nascosto*

Todos los nombres, personajes e indicios relacionados incluidos en este libro, copyright de Atlantyca Dreamfarm s.r.l., son licencia exclusiva de Atlantyca S.p.A. en su versión original. Su traducción y versiones adaptadas son propiedad de Atlantyca S.p.A. Todos los derechos reservados.

© 2012, Atlantyca Dreamfarm s.r.l., Italia.
Derechos internacionales © Atlantyca S.p.A.,
via Leopardi 8 - 20123 Milán - Italia
foreignrights@atlantyca.it
www.atlantyca.com

Original edition published by Edizioni Salani (Nord-SudEditore)

© del texto en español: Ediciones SM, 2015
Impresores, 2 - Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323

Fax: 902 241 222

e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

LAS INCREÍBLES AVENTURAS DE
HARRY TAGE

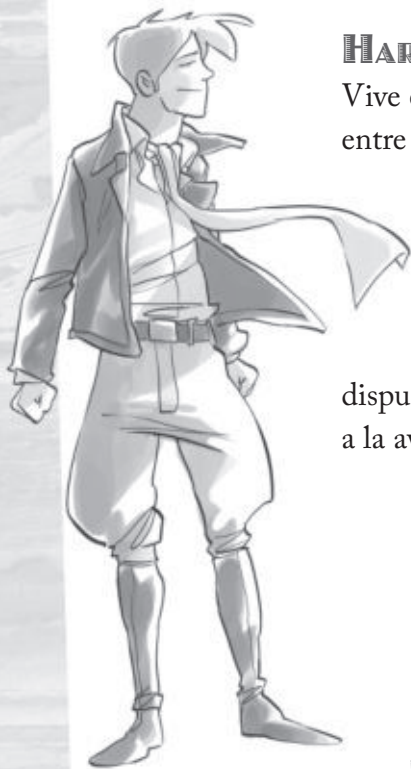
**EN EL LABERINTO
ESCONDIDO**

Jacopo Olivieri

Ilustraciones de Matteo Piana



sm



HARRY TAGE

Vive en un museo y se siente más a gusto entre fósiles que con sus semejantes.

Pero cuando el misterio llama, bien sea para explorar un valle perdido, descubrir un bicho prehistórico o buscar un antiguo tesoro... ¡Harry está

dispuesto a lanzarse a la aventura!



FRAN BOYANT

Reportera con un carácter ardiente y decidido. Sabe que Harry es el compañero ideal para una periodista a la caza de grandes exclusivas.



AUGUSTUS WILMARTH

Más flaco y seco que una momia, el rector de la Universidad de Arkhan no pierde ocasión de reprender a Harry por su vivacidad, un poco descontrolada...

WINFIELD PEASLEE

El apacible director del Miskatonic Museum está dispuesto a proteger las piezas de la colección del museo y a su pupilo Harry a toda costa... ¡o casi!



LAURASIA

La mascota de Harry, una pequeña dinosaurio de la especie *Oviraptor*, sigue a su querido amo a todas partes, organizando líos... ¡o sacándole de ellos!



«Nos han enseñado que Teseo mató al Minotauro,
pero en realidad fue una lucha más de las muchas que libró».

PABLO PICASSO



LOS INCREÍBLES DESCUBRIMIENTOS DE HARRY TAGE

Recogidos y narrados por Jacopo Olivieri a partir de las *Memorias de juventud* del propio profesor Tage, anotadas y comentadas por él mismo, y cedidas amablemente por los archivos de la Miskatonic University de Arkham, Massachusetts.

CAPÍTULO UNO



¡Por fin te encuentro, Harry Tage! ¡He tenido que rastrear todo Arkham antes de dar contigo en este cuchitril!

La cara enrojecida de Harry emergió del horno de leña. El joven paleontólogo se sacudió el delantal manchado de harina y se apoyó en el mostrador. Al otro lado, envuelta en su gabardina y con la cabellera pelirroja completamente revuelta, se encontraba Fran Boyant, su amiga periodista.

—¡Eh, ten cuidado con lo que dices! Este «cuchitril» es una pizzería y yo trabajo en ella.

Fran le lanzó una de sus miradas inquisitivas.

—¿Qué pasa, que ahora, además de ser aviador y paleontólogo, trabajas de hornero?

El sarcasmo de la chica le arrancó, como siempre, una sonrisa.





–El Miskatonic Museum me da el alojamiento, pero con los gastos del hidroavión debo correr yo –explicó–. ¡Y entre carburante y piezas de recambio se me va prácticamente todo el dinero! Este es solo uno de los mil trabajillos que hago en la ciudad. De vez en cuando vengo al obrador del señor Sannazzaro y le ayudo a hornear pizzas.

–No he oído hablar de ellas en mi vida. ¿Qué son?

–¡Un plato italiano delicioso!¹ –y mientras decía esto, Harry cogió un trozo de pizza y le dio un bocado.

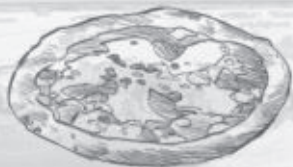
–No sabía que fueras un experto en la cocina exótica...

En ese momento se oyó un ruido de mandíbulas debajo del mostrador. La chica se inclinó a mirar, y sus ojos verdes se toparon con los amarillos de Laurasia.



¹ NOTA DE HARRY TAGE

En esos tiempos la pizza no era tan conocida en los Estados Unidos, salvo, obviamente, entre los emigrantes italianos. Solo llegó a ser un plato famosísimo al final de la Segunda Guerra Mundial, cuando los militares americanos regresaron de Italia... ¡y quisieron seguir comiéndola!





La pequeña dinosaurio que seguía a Harry a todas partes estaba allí, masticando un trozo de mozzarella, con una expresión de gran felicidad en el hocico.

—¡Y no eres el único, por lo que veo! —rió Fran.

La oviraptor abrió el pico embadurnado de hilos blancos y la saludó con un gorjeo.

Entonces, la chica rebuscó en el bolsillo de su gabardina bajo la atenta mirada de Harry.

—¿Por qué me estabas buscando?

—Porque eres un personaje de lo más extraño. Pero interesante a la vez. Así que decidí que, dado que preferías no contar nada acerca de tus hazañas, podría investigar un poco sobre ti...

Él reaccionó con un gesto indignado.

—¿Has estado investigando a mis espaldas? ¡Solo tenías que preguntarme!

—¡Sí, como si fuera tan fácil sacarte las palabras! Con lo hurraño y taciturno que eres...

Harry, un poco avergonzado, se pasó nerviosamente la mano por el pelo.

No fue un movimiento demasiado inteligente: ¡se lo llenó de harina! Adelantándose a un comentario feroz, se lo cepilló furiosamente con un extremo del delantal.



Pero Fran ni siquiera se fijó: acababa de sacarse del bolsillo una hoja de papel arrugada y la estaba extendiendo encima del mostrador.

He rebuscado en los archivos de mi periódico para ver si encontraba algo interesante. No había nada sobre ti.

El chico dio un suspiro de alivio. No le gustaba ser el centro de las miradas, y mucho menos de la prensa local. Lo único que quería hacer era buscar fósiles por el mundo... ¡Y quizá descubrir algunos nuevos!

—... Pero después he encontrado esto.

A Harry le dio un vuelco el corazón. Con desagrado, miró de reojo la hoja de papel que su amiga tenía en la mano. Era una vieja página del *Arkham Gazette* con fecha de hacía siete años.

Fran señaló con el dedo un suelto titulado: «Eminente arqueólogo de Arkhan se retira de escena».

Harry ojeó distraídamente el artículo, pero la foto le llamó de inmediato la atención: un distinguido señor de unos ochenta años, con bigote y la mirada amable y ligeramente triste, posaba detrás de una mesa de despacho. Detrás de él se veía una librería abarrotada de cráneos y piezas arqueológicas.

CAPÍTULO UNO

A pesar de que la imagen estuviera un poco desvaída y amarillenta, el arqueólogo reconoció al instante aquel lugar. El despacho del director del Miskatonic Museum había permanecido idéntico en el último medio siglo. Y ese hombre no era otro que el anterior director: su abuelo, Percival N. Tague.

CAPÍTULO DOS



Tras un primer instante de conmoción al volver a ver aquel rostro tan familiar, Harry se entristeció.

—Sí, es mi abuelo Percy. ¿Y qué...? —gruñó—. Durante toda su trayectoria como arqueólogo, se publicaron docenas de artículos sobre él y sobre sus descubrimientos en la prensa especializada, y mucho mejor escritos que este.

—Pero no en el *Arkham Gazette*... —Fran estuvo a punto de añadir algo más, pero se contuvo—. No quería perturbarte, sé que querías mucho a tu abuelo.

—Es cierto. Me molesta ver que tu periodicucho le ha dedicado cuatro líneas, y solo para escribir que, al final de su carrera, «decidió *misteriosamente* renunciar a las investigaciones de campo para dedicarse al museo...».

CAPÍTULO DOS

A mí me parece algo completamente normal en un hombre ya mayor que había excavado durante toda su vida. Me fastidia, pero debo dar la razón al rector Wilmarth: los chupatintas del *Gazette* solo escribían chismes, articulillos llenos de imprecisiones y bobadas.

—¡Ey! Para el carro. Será un pequeño periódico local, no tan ilustre como el *Arkham Advertiser*, pero casualmente yo trabajé allí y no te admito que hables así de él.

Sus ojos parecían lanzar rayos y centellas hacia el otro lado del mostrador.

Laurasia empezó a emitir gruñidos agitados. Después saltó a la encimera enharinada y se interpuso entre ellos, erizando las plumas y escupiendo mozzarella. No se sabía si quería participar en la pelea o si lo suyo era un intento dinosauresco de poner paz.

Los chicos la observaron y, al cabo de un momento, se echaron a reír. La tensión había desaparecido de golpe. La oviraptor, satisfecha, se restregó contra el cuello de Fran con alegres trinos.

Mientras le atusaba las plumas, la joven extendió la mano para recuperar la hoja de papel.

—Perdóname —murmuró—, solo me interesaba descubrir algo más sobre ti.



Él bajó los ojos hacia el mostrador, igualmente incómodo. Y volvió a fruncir el ceño.

Temiendo un nuevo estallido de mal humor, Fran hizo el ademán de guardarse la página en el bolsillo, pero Harry le asió la muñeca.

—Déjame ver otra vez la foto.

Fran se la dio de mala gana. Harry guiñó los ojos para enfocar un punto concreto en la esquina derecha de la imagen: la biblioteca en el despacho del director.



CAPÍTULO DOS

—Es como lo recuerdo de cuando era niño. Los libros no han sido movidos de su sitio desde entonces. Sin embargo... —murmuró mientras acercaba la hoja a las llamas del horno para verla mejor. Estaba atardeciendo y había oscurecido—, hay un detalle que no encaja. No recuerdo haber visto nunca esta vasija antigua. ¡Qué extraño!

—¿Y cómo vas a acordarte? Cuando tu abuelo era director del museo, tú eras todavía un niño.

—Sí, pero el actual director, Winfield Peaslee, ha mantenido todo tal y como estaba entonces. Lo sé muy bien, paso por allí casi a diario.

—Vaya, vaya, esto me huele a chamusquina.

—¡No exageres con tus sospechas de sabueso! Es solo un detalle que no me convence... Y sí que me sé de memoria lo que hay en cada repisa. Ese libro, por ejemplo, era una especie de diario de viaje de mi abuelo, lleno de sus notas. Lo hojeaba constantemente.

—Harry...

—¡Chiss! Déjame verlo bien. La imagen está demasiado desenfocada...

Una de las chispas que estallaban en el horno había alcanzado a la vieja hoja de periódico, que ahora se estaba quemando.



Harry la agitó arriba y abajo, pero con ese gesto solo consiguió empeorar las cosas.

El papel ardió como una tea. El joven soltó la última esquina justo antes de que le quemara los dedos. Tristes jirones carbonizados revolotearon por el aire.

Harry se volvió, desconsolado, hacia su amiga.

—La he fastidiado.

—No te preocupes: los archivos del *Arkham Gazette* están tan desordenados que dudo de que se enteren nunca de que falta una vieja página.

La periodista esperaba que Harry se sintiera aliviado, o que al menos pidiera disculpas, pero él, para no faltar a su costumbre, tuvo una reacción imprevisible.

Ante su sorpresa, Fran vio cómo se desataba el delantal, ponía el fuego del horno más bajo y cogía a toda prisa el chaquetón. Después se dirigió hacia la puerta del local, donde colgó el cartel de «cerrado». Asomó la cabeza en la trastienda y gritó:

—¡Tengo que irme, señor Sannazzaro! Nos vemos la semana próxima.

Del cuartito llegó un gruñido, al que el muchacho respondió con un saludo en italiano.

Entonces, Harry se giró hacia Fran.

CAPÍTULO DOS

-¿Qué haces? ¿No vienes conmigo al museo?

-¿Para qué? -preguntó ella.

-Para buscar esa vasija misteriosa. ¿No eres tú la que está siempre a la caza de noticias?

La joven no se lo hizo repetir dos veces.

Salieron bajo un cielo gris y caminaron a buen paso hacia la Miskatonic University. Laurasia hizo acopio de toda la mozzarella que le cupo en el pico y correteó detrás de los dos amigos.

CAPÍTULO TRES



Entraron en el despacho del director con tanto ímpetu que el buen Peaslee se sobresaltó en su sillón.

Harry le dirigió un saludo rápido y pasó por delante de él. Un segundo después, estaba delante de la vieja librería, junto a Fran.

—La repisa debería ser esta —dijo.

—Pero no veo la vasija—objetó ella.

—Si es por eso, ¡tampoco está el diario! —exclamó Harry, estupefacto.

—¿Qué vasija? ¿Qué diario? ¿Qué os pasa, muchos? —preguntó el director.

—El abuelo Percy tenía un diario, mister Peaslee —explicó Harry, excitado—. ¿Se acuerda de él? Una especie de álbum en el que anotaba todos sus descubrimientos y sus teorías. Pegaba incluso las fotos de las excavaciones. Estaba... —hizo un esfuerzo de memoria— encua-

CAPÍTULO TRES

dernado en piel, con una imagen repujada en la cubierta. Dos aves, creo... ¡Ah, sí, eran dos grullas!

Fran puntualizó:

—Y al parecer, cerca del diario había también una vasija antigua, que ya no está.

Peaslee frunció el ceño al mismo tiempo que se sumía en sus recuerdos.

—¡Qué raro! Y sin embargo, os aseguro que todo está igual que cuando Percy N. Tage nos dejó, en el año 1924. Desde entonces ocupo yo su lugar, y no he tocado nada —especificó con tono majestuoso.

—Entonces, los objetos a los que nos referimos debieron de ser retirados de la librería antes. Quizá lo hiciera él mismo en el periodo en el que fue director del Miskatonic Museum... —dedujo Fran.

Ambos la miraron consternados.

—¿Qué tiene de raro? Pudo simplemente haberlos llevado a otro sitio —prosiguió la chica.

Harry negó con la cabeza.

—Todos los libros de mi abuelo se encuentran aquí, y sus reliquias se hallan custodiadas en las distintas salas del museo. Me lo dijo él mismo.

Peaslee confirmó esas palabras, asintiendo con énfasis:



—Y seguramente me habría dicho dónde los había puesto y por qué.

La joven reportera aplaudió.

—¡En ese caso, nos encontramos ante un auténtico misterio!

Harry no parecía tan entusiasmado.

—Lástima que estemos en un callejón sin salida. Aparte de que la única pista que teníamos ha ardido.

Fran reflexionó sobre ello.

—No necesariamente.

El cuarteto que se echó a andar por las calles de Arkha era bastante extraño: Harry avanzaba con las manos en los bolsillos, inquieto, con su fiel Laurasia brincando a su alrededor, contenta por ese paseo fuera de programa. Peaslee había insistido en acompañarlos, y ahora resoplaba como un tren para seguir a Fran que, a grandes zancadas, guiaba a la comitiva hacia la sede del periódico.

La redacción del *Arkham Gazette* estaba inmersa en un estruendo infernal. De la planta de abajo llegaba el ruido de las rotativas, mientras que, alrededor de ellos, docenas de cronistas gritaban en los micrófonos de los teléfonos, sin dejar de teclear en sus máquinas de escribir, metiendo más ruido que una batería de ametralladoras.





Fran los condujo con agilidad a través del caótico ir y venir de redactores y corresponsales, y sin mucho detenerse entró por una puerta. En el cristal opaco había un cartel que rezaba: «Subdirector».

Nada más entrar en el despacho, fueron recibidos por una nauseabunda nube de humo. Y después, por la mano extendida de un hombre.

—Edwin Lillibridge III. Pónganse cómodos, debe de haber alguna silla libre por ahí.

El subdirector, con el chaleco desabrochado y la camisa arremangada, gritó algo incomprensible por teléfono y colgó el auricular.

Después, como quien no quiere la cosa, apoyó los codos en el escritorio, abarrotado de carpetas, y dio una calada a un puro gigantesco.

—Usted es mister Peaslee, el director del museo, ¿no es cierto? Supongo que el jovencito es Harry Tage, del que no para de hablar nuestra miss Boyant...

La chica enrojeció, avergonzada. Haciendo caso omiso de la risita de Peaslee y de la mirada sorprendida de Harry, se plantó enfrente de su jefe como para intentar interrumpirlo.

Pero él continuó, impertérrito:

CAPÍTULO TRES

–Si no me equivoco, eres el nieto del famoso arqueólogo...

–Precisamente queríamos hablarle de él, mister Lillibridge –exclamó Fran aprovechando la ocasión.

–Entonces habéis venido a ver a la persona adecuada. Yo mismo, cuando todavía era un joven con aspiraciones como miss Boyant, fui quien lo entrevistó –dijo guiñándole el ojo a Harry–. Puedo enorgullecerme de haber sido el último periodista a quien concedió una entrevista antes de retirarse. Una persona muy reservada, tu abuelo –observó apuntando al muchacho con el cigarro–. Ha pasado bastante tiempo, pero recuerdo bien la impresión que me causó. –Se inclinó por encima del escritorio, con aire misterioso–. Era un hombre que parecía tener muchos secretos.

El joven se rebeló ante esa observación.

–El abuelo Percy era un tipo reservado, es cierto, ¡pero no tenía nada que ocultar! Todo lo que acaba de decir usted son solo insinuaciones, como ese montón de chismes que publican en su periódico para atraer a los lectores.

CAPÍTULO CUATRO



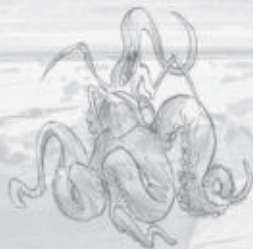
En la sala de redacción se hizo un silencio absoluto. Algunas cabezas se asomaron a la puerta para ver qué estaba sucediendo en el despacho. Pero el subdirector no movió ni un solo músculo de la cara. Abrió los brazos y, entre volutas de humo, dijo:

—Pertenezco a una larga estirpe de periodistas, todos con un comportamiento intachable. Mi abuelo incluso perdió el pellejo investigando un caso, mister Tage.² Nuestra seriedad profesional está fuera de discusión: no nos inventamos absolutamente nada.



² NOTA DE HARRY TAGE

Si queréis saber algo más sobre el desgraciado final del antepasado de Edwin Lillibridge III, leed el terrorífico relato de H. P. Lovecraft *El que susurra en la oscuridad*.



CAPÍTULO CUATRO

—Harry es un tipo algo... impulsivo, jefe. No quería ofenderle. —Fran lanzó una mirada a su amigo, haciendo el gesto de cerrarse la boca.

—Menos mal. También yo estoy acostumbrado a sacar de quicio a la gente —rio Lillibridge. Y acto seguido se estremeció, como si acabara de acordarse de algo. Luego asió el auricular de un teléfono de mesa y gritó a través de él—: ¡Tipografía! Cambien el cuerpo del titular sobre los gánsteres en la página de cultura —Volvió a colgar sin esperar contestación y, acto seguido, se dirigió a Fran—: ¿De qué estábamos hablando?

—De su viejo artículo sobre Percival Tague.

—Ah, sí —se rascó el mentón mal afeitado—. Él mismo me pidió que escribiera aquel suelto, aunque no quiso contarme nada de su último viaje. Y también fue él, recuerdo, quien insistió para que le tomara la foto. En efecto, yo debería tener aún el original en alguna parte.

Al oír esas palabras, los tres estiraron el cuello. El subdirector los estudió con expresión divertida.

—Juraría que es esa foto lo que les interesa, ¿eh?

Sin titubear, se inclinó sobre los cajones del escritorio y los abrió uno tras otro. Rebuscó durante un buen rato, mascullando entre bocanadas de cigarro.



—¡Ajá! Aquí está —y la colocó con ímpetu encima de la mesa, haciendo que se derrumbaran las pilas de hojas y hojitas de papel.

—Es mucho más nítida que la impresa —fue lo primero que constató Harry.

Peaslee cogió la foto y la hizo girar entre sus manos. De pronto era el más interesado de los tres. Por medio de gestos, pidió que le pasaran la gran lente de aumento que había medio sepultada entre los papeles para tirar y se puso a estudiar la imagen con el cuidado de un entomólogo ante un coleóptero raro.

Después meneó la cabeza, incrédulo.

—Mmm... Eso que está en la librería es un ánfora griega, sin ninguna duda. Pero no recuerdo haberla visto nunca, desde que ocupé el puesto de Percy.

—Es como yo decía —Fran se arrimó a Harry y le susurró—: Fue tu abuelo quien hizo desaparecer la vasija.

Harry se seguía negando a creerlo.

—Pero ¿por qué motivo debería haberlo hecho? ¿Y por qué esconder también el diario?

